

Dogon, un misterio inexistente

*Marcel Griaule fue un antropólogo demasiado entusiasta y poco riguroso.
Y Robert Temple es, simplemente, un farsante*

JULIO ARRIETA

Una de las corrientes pseudocientíficas más cautivadoras es la que afirma la evidencia de visitas extraterrestres en un pasado remoto; visitas que pudieron haber dejado su huella en la evolución biológica y cultural del ser humano, en forma de mitos o monumentos elaborados mediante tecnologías avanzadas posteriormente desaparecidas. Esta idea dio lugar a toda una exitosa corriente de literatura pseudocientífica que tuvo una gran acogida por parte del público, sobre todo en los años 70, siendo sus más conocidos difusores Erich von Däniken, Robert Charroux y Peter Kolosimo, entre otros muchos.

La mayoría de estos autores se limitaba a recolectar hallazgos arqueológicos descontextualizados, aparentemente sorprendentes, que presuntamente testimoniaban la presencia extraterrestre en el mundo prehistórico y antiguo. Otra táctica consistía en recurrir a interpretaciones torpemente literales de mitos para encontrar testimonios de aterrizajes de astronaves o de encuentros con alienígenas. La mayoría de estos argumentos era bastante burda y no resistía el asalto de una crítica medianamente razonable. Sin embargo hubo, dentro de esta escuela científica, una obra que destacó por la aparente solidez de su argumentación y por la evidencia antropológica en la que se basaba. Se trata de *El misterio de Sirio* (1978), de Robert K.G. Temple. Este libro ha sido reeditado recientemente, y las ideas que en él se recogen han vuelto a recibir cierto eco en la prensa pseudocientífica, sobre todo en las revistas *Más Allá* y *Año Cero*.

A diferencia de las obras de Däniken y compañía, *El misterio de Sirio* no es un batiburrillo de despistes arqueológicos ni un pupurrí de mitologías varias. Se centra en las tradiciones de los dogon, un pueblo de unos 200.000 individuos que habita en África occidental, en los altos de Bandiagara, en la actual república de Mali. Resumiremos en unas pocas líneas las principales ideas que expone Temple: durante milenios, los dogon han conservado una rica mitología que incluye un complejo sistema cosmológico y en la que se detallan conocimientos astronómicos difícilmente asequibles para un pueblo sin tecnología científica alguna. Los dogon saben, a través de sus tradiciones, que el Sistema Solar es heliocéntrico,



Las famosas máscaras dogon representan diversos animales y personajes, no necesariamente mitológicos.

conocen los satélites de Júpiter, saben que existen otros sistemas estelares además del nuestro y, lo más sorprendente, conocen a la perfección la naturaleza doble de Sirio, con dos estrellas, Sirio A y Sirio B, esta última en órbita alrededor de la primera e invisible desde la Tierra sin ayuda del instrumental técnico adecuado. También saben que esta órbita dura poco más de cincuenta años, y esta efeméride adquiere una importancia inusitada en sus costumbres, pues se celebra con una festividad excepcional: la fiesta Sigi.

UN MITOLOGÍA COMPLEJA

¿Cómo podían los dogon saber todas estas cosas? Robert Temple obtenía la respuesta de la propia mitología dogon: éstos habían recibido sus conocimientos de unos seres anfibios, llamados *nommos*, que habían descendido del cielo en un arca hace 5.000 años, procedentes de Sirio. Por supuesto, para Temple, estos *nommos* eran los representantes de una civilización siriaca.

Todo lo expuesto por el autor se basaba en la obra de un prestigioso etnólogo francés y profesor de la Sorbona, Marcel Griaule (1898-1956), quien pasó años de estudio entre los dogon. Tras su muerte, su labor fue continuada por sus discípulos y colabora-

dores, especialmente por Germaine Dieterlen. Entre sus obras, destacan *Masques dogon* (1938), *Dieu d'eau* (1948) y *Le renard pâle* (1965). Griaule era una autoridad académica y sus trabajos tenían una base aparentemente sólida de la que Robert Temple se limitaba a deducir lo evidente... en apariencia.

Las críticas escépticas a *El misterio de Sirio* no tardaron en aparecer y se basaban en que los dogon no eran un pueblo aislado, en que probablemente habían adoptado en sus mitos conocimientos astronómicos aprendidos de los misioneros franceses o incluso de algún explorador casual. En este sentido se expresó Carl Sagan en su "Enanas blancas y hombrillos verdes", ensayo incluido en su libro *El cerebro de Broca*. Sin embargo, la crítica que pondría en evidencia la falsedad del misterio de Sirio vendría del mundo de la antropología y no se centraría en el trabajo de Temple, sino en el de su principal fuente: los estudios de Marcel Griaule.

No pocos antropólogos se sorprendieron por la rareza de la mitología dogon. Tal como era descrita por Griaule en sus obras, se trataba de una mitología de una complejidad inusitada y, sobre todo, totalmente ajena a la de los demás pueblos vecinos de los dogon. De hecho, no existía en toda Africa nada comparable a lo narrado en *Dieu d'eau* o *Le renard pâle*. La crítica más elaborada al trabajo de Griaule fue un artículo del antropólogo holandés E.A. van Beek publicado en *Current Anthropology* en 1990. Al igual que Griaule, Van Beek realizó su trabajo de campo entre los dogon durante varios años con resultados sorprendentes: no encontró evidencia alguna de la mitología recogida por su colega y la religión dogon era mucho más sencilla que todo lo narrado por el antropólogo francés.

Efectivamente, había llamado poderosamente la atención de los antropólogos el cambio evidente entre lo expuesto en *Las máscaras dogon* y las posteriores *Dieu d'eau* y *Le renard pâle*. El primer libro explicaba las tradiciones dogon tal y como pueden ser observadas por cualquier estudioso que conviva con este pueblo. Sin embargo, en *Dieu d'eau*, había un cambio que se acentuaría aún más en las siguientes obras: se exponía una tradición esotérica que era revelada exclusivamente a Griaule y sólo a Griaule o a sus más cercanos colaboradores. Es en este conocimiento revelado donde se recogen los conceptos astronómicos que menciona Temple; conceptos que, como veremos, son bastante más sencillos y menos correctos científicamente de lo que Temple quiere hacer creer.

La principal intención de Griaule a la hora de abordar las tradiciones dogon era reivindicar el valor de las culturas africanas y sus mitos, cuya riqueza quería equiparar a la de las mitologías de las culturas clásicas. Movidado por este ideal, insistió en profundizar en las creencias dogon, llegando a sus niveles

esotéricos y ocultos. Algunos *hogon* –ancianos dogon– se prestaron a ayudarlo y se convirtieron en sus confidentes, creando toda una mitología inventada cuyo único fin era satisfacer el ansia de conocimiento del investigador francés.

El principal confidente de Griaule fue Ogotemmel, un viejo cazador y chamán ciego que había sido iniciado por su abuelo a los quince años. Las conversaciones secretas entre Ogotemmel y Griaule, que tuvieron lugar en 1946, se publicaron en *Dieu d'eau* (1948), un libro fascinante en el que se expone una mitología de una complejidad tal que sería imposible resumir aquí. En todo caso, mencionaremos los puntos que más han contribuido a crear el misterio de Sirio.

OGOTEMMELI Y LOS 'NOMMOS'

Ogotemmel le contó a Griaule cómo se creó el mundo: lo creó Amma, el dios creador. Este dios creó la Tierra, su mujer. La Tierra era un gran cuerpo humano femenino cuyo centro era un gran termitero que equivalía al clítoris. De la unión entre ambos, surgieron los famosos *nommos* –los extraterrestres anfibios de Temple–. Los *nommos* eran dos seres gemelos –mitad humanos, mitad serpientes– que nacieron de la Tierra y en la Tierra, de donde ascendieron al cielo. Estos *nommos* volvieron a la Tierra montados en un trozo del cielo. Una vez aquí, se multiplicaron y surgieron ocho *nommos*, que fueron los padres de los primeros hombres, formando las ocho familias dogon. Luego, volverían a subir al cielo del que sería expulsado definitivamente uno de los ocho, que descendió montado en una estructura que Ogotemmel describe como un gran cesto de cereal invertido. Esto, de forma muy resumida, porque la narración de Ogotemmel es muy densa, repleta de detalles simbólicos y a menudo contradictoria.

¿Describe Ogotemmel algún conocimiento astronómico moderno? Pues, la verdad es que no. En su relato, Ogotemmel afirma que la Tierra, tal como la creó Amma, es plana, aunque está inclinada de Norte a Sur: "La Tierra está tumbada, pero el Norte está en lo alto". ¿Describe correctamente el Sistema Solar? Tampoco. Ogotemmel afirma que el Sol gira alrededor de la Tierra, pero, eso sí, su tamaño real es mayor que el aparente. Veamos cómo el viejo cazador ciego le describió el Sol a Marcel Griaule: "El Sol es una vasija cocida al blanco permanentemente. (...) Algunos lo estiman tan grande como el campamento, lo que sería unos treinta codos. En realidad, es mucho más grande, supera en superficie el cantón de Sanga. (...) Puede incluso que sea mucho más grande aún". En otro capítulo de *Dieu d'eau*, Ogotemmel hace el siguiente comentario acerca del Sol: "El Sol es una tierra cocida rodeada por una espiral de cobre incandescente que le confiere su movimiento diurno, que da luz y vida al universo. El Sol es como cobre fundido".



Las mujeres dogon libres del *misterio*: no participan en los ritos de máscaras.

¿Y la Luna? Griaule insistió en los aspectos astronómicos de los mitos que le estaban contando, pero la astronomía no debía ser una de las principales preocupaciones de Ogotemmeli, porque despachó a nuestro satélite con un breve comentario: “La Luna es de la misma naturaleza que el Sol, sólo que está a medio cocer”. Luego añadió, algo molesto por la insistencia del francés, que, a diferencia de los negros, que son seres solares, los blancos son seres lunares, de ahí su aspecto de larvas. La naturaleza de las estrellas se explica de la siguiente forma: “En la noche de los tiempos, las mujeres descolgaban las estrellas para dárselas a sus hijos. Éstos las colgaban de un huso y hacían girar estas peonzas de fuego para ver cómo funcionaba el mundo”. Más adelante, dice: “Las estrellas procedían de bolitas de tierra lanzadas al espacio por el dios Amma, único dios”. Y con esto concluían las explicaciones cosmológicas y cosmogónicas de Ogotemmeli.

En *Dieu d'eau*, aparecen mencionados otros cuerpos celestes, todos visibles a simple vista, como Venus o las Pléyades, pero Ogotemmeli y Griaule se limitan a comentar su significado simbólico. Sirio aparecerá en la siguiente obra de Griaule y de mano de sus otros confidentes, Ambara y Yébéné. Curiosamente, lo que sí aparece en *Dieu d'eau* es la famosa fiesta Sigui, que, según Temple, conmemora cada órbita que Sirio B completa alrededor de Sirio A. Pero, aunque Ogotemmeli explica a Griaule todos los pormenores de esta fiesta relacionada con la pérdida de la inmortalidad, omite cualquier relación de la misma con Sirio. Eso sí, explica que se celebra cada sesenta años, y no cada cincuenta, como afirma Temple. En todo caso, la principal aportación de *Dieu d'eau* al *misterio* que nos ocupa es la aparición de los *nommos*, su extraña naturaleza anfibia y su descenso del cielo.

Le renard pâle es un texto muy diferente a *Dieu d'eau*. Se publicó en 1965, cuando Griaule ya había muerto, y en su elaboración tuvo mayor influencia

su colaboradora Germaine Dieterlen. Así como *Dieu d'eau* es un relato de una serie de conversaciones, *Le renard pâle* es un gran compendio de signos, símbolos y dibujos comentados por los informantes de Griaule, con algunos relatos populares como complemento. Es en esta obra donde Sirio hace su aparición estelar, y nunca mejor dicho.

El mito de la creación que surge en *Le renard pâle* es algo diferente al narrado por Ogotemmeli: aquí Amma crea el universo mediante una serie de actos minuciosamente descritos que hacen surgir las estrellas, los planetas, sus lunas, la Tierra, la vida y el pueblo dogon. La Creación tiene lugar a partir de un huevo primordial, del que surge el universo después de ocho vibraciones sucesivas. Los *nommos* aparecen en estos primeros momentos de vida del universo y, de hecho, son los responsables de la existencia del espacio y del tiempo. Uno de estos *nommos*, llamado Ogo, crea la vida en la Tierra a partir de su placenta y, después de una compleja serie de incidencias, es transformado por Amma en el primer zorro –renard pâle– como castigo por haber cometido incesto. El punto fuerte de todo este mito de la creación es el sacrificio y posterior resurrección de uno de estos *nommos*, el gemelo de Ogo. El fin de este acto es redimir los pecados de Ogo y purificar la tierra. Este sacrificio tuvo como reflejo cósmico la aparición del sistema de Sirio, con Sirio B –Pô Tolo en *Le renard pâle*– girando en torno a Sirio A. Después de este sacrificio, los primeros ocho ancestros generados por los *nommos* descienden a la tierra, ya purificada, en un arca repleta de animales y plantas.

Esta complejidad sorprendió a muchos antropólogos, que no habían encontrado nada similar en los pueblos vecinos a los dogon. Pero las sospechas comenzaron a aflorar cuando algunos especialistas descubrieron que, fuera del estrecho círculo de informantes de Griaule, el resto de los dogon parecía ignorar esta mitología.

EL DESENMASCARAMIENTO

Para comprobar la veracidad de los estudios de Griaule y Dieterlen, Van Beek se trasladó a una aldea situada a una cierta distancia de Sanga, el área de trabajo del equipo de Griaule y un lugar explotado típicamente hoy en día. Van Beek hizo notar que Sanga era un núcleo atípico dentro de la cultura dogon: es muy grande –6.500 habitantes– y recibió influencia islámica y cristiana hace mucho tiempo. Van Beek decidió trabajar en una aldea de 1.800 habitantes situada a unos 9 kilómetros de Sanga y con menor influencia externa. Había reparado que Griaule se había convertido en un referente cultural en Sanga y que sus informantes habían adquirido un cierto estatus de prestigio en la sociedad dogon. Sin embargo, en la otra aldea, las cosas eran bien distintas. Van Beek se encontró con una religión dogon compleja y

elusiva, pero que tenía poco que ver con lo narrado por Griaule. Las diferencias que más nos interesan son las siguientes:

- Van Beek pudo constatar que los dogon no tienen un mito propio de la Creación. Creen en un dios primero, Amma, pero no poseen un relato específico que narre los orígenes. Van Beek no encontró rastro alguno de los relatos de Ogotemmelí o de lo recogido en *Le renard pâle*.

- Los *nommos* no son una figura central en los mitos dogon. Son una especie de espíritus menores que habitan en el agua y a los que se teme –son los responsables de que la gente se ahogue accidentalmente, por ejemplo–. No tienen nombre propio ni están individualizados. La figura de Ogo es desconocida y no existe ningún mito de descenso de los cielos.

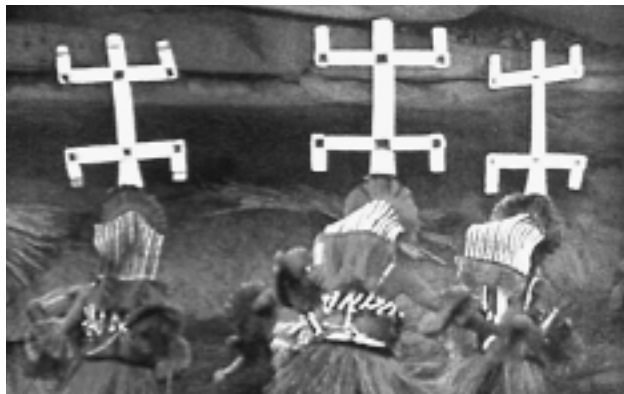
- En la religión dogon, no hay secretos iniciáticos. Todos sus elementos son de dominio público y los rituales colectivos sacrificiales o relacionados con la muerte –las famosas fiestas de máscaras– no requieren elementos secretos de ningún tipo.

- Los rituales de máscaras y las festividades *Sigui* no tienen relación alguna con las estrellas.

- La astronomía tiene una importancia mínima en la religión dogon. Los conocimientos astronómicos recogidos por Van Beek son casuales y su origen se refiere a la relación de los informantes con europeos. Por lo demás, los dogon desconocen que Sirio es una estrella doble e ignoran las complejidades del Sistema Solar. Por supuesto, los dogon conocen Sirio, a la que llaman Dana Tolo –la estrella del cazador–, pero no han oído hablar de Po Tolo y *Sigui* Tolo, nombres que reciben Sirio B y la hipotética Sirio C en *Le renard pâle*.

Al entrevistar a Amadingué, intérprete y luego informante de Griaule cuando preparaba *Le renard pâle*, éste señaló a Van Beek que Ambara no se refirió en ningún momento a Sirio como un sistema complejo y que fue el propio Griaule quien introdujo este concepto en la conversación. Al parecer, cuando Ambara y Yébéné hablaban de Sirio y sus estrellas compañeras se referían a estrellas *visibles* en el firmamento: hablaban concretamente de otras dos estrellas de la constelación del perro –Canis Major–, seguramente Adhara y Murzim. En ningún momento especificaron que éstas girasen en torno a Sirio, sino que afirmaron que surgieron de él. Indicaron una relación generacional entre las estrellas, no una relación orbital. Fue Griaule el que estableció la relación entre lo que le narraban y el conocimiento moderno de Sirio B.

Van Beek afirma en su demoledor estudio que toda la cosmogonía dogon propuesta en las obras de Griaule es una construcción intelectual urdida por el entusiasmo del antropólogo francés, por una parte, y por el afán de colaboración de sus informantes, por otra. Los informantes se inventaron lo que Griaule



Cada dogon debe esculpir sus propias máscaras siguiendo modelos prefijados.

quería oír: improvisaron mitos, inventaron símbolos y crearon relatos inexistentes para contentar a su exigente entrevistador. A cambio, obtenían prestigio, dinero –cobraban por la información– y cierto nivel social entre los suyos. Griaule contribuyó a esta dinámica con su carácter autoritario, sus maneras coloniales y su negativa a recibir un no por respuesta. De hecho, la obsesión por la astronomía que muestran los supuestos mitos dogon no es más que un reflejo de los gustos del propio Griaule: cursó algunos estudios de astronomía y parece ser que también era aficionado a la astrología. Esta tendencia se observa en el último capítulo de *Dieu d'eau*, en el que Griaule intenta, de forma bastante forzada, establecer un paralelismo entre los símbolos explicados por Ogotemmelí y los signos del Zodiaco.

Por otra parte, Van Beek pudo comprobar que, dejando a un lado a Ogotemmelí, el resto de los informantes de los que se valió Griaule tenían contacto con la cultura europea, así como con tradiciones cristianas y musulmanas e incluso alguno había asistido a una misión protestante –es el caso de Ambara–. De hecho, *Le renard pâle* está plagado de relatos bíblicos malamente engarzados con la religión dogon, aunque parece que Griaule no reparó en este detalle. Además, varias características del pueblo dogon contribuyeron a crear un gran castillo mitológico en el aire. Entre los dogones, existe una especie de norma de cortesía por la cual se debe contentar al visitante en todo lo que necesite: Griaule quería saber; sus informantes le dijeron todo lo que quería oír.

UNA CONSTRUCCIÓN COLECTIVA

Según Van Beek, los dogon tienen una facilidad pasmosa para adaptar elementos culturales ajenos en plazos de tiempo sumamente cortos y transformarlos en tradiciones *antiquísimas*. Así, entre sus máscaras utilizan actualmente una que hace referencia a los antropólogos: representa a un hombre blanco sentado en una silla flanqueado por dos dogon –informante e intérprete– sentados en el suelo. También han adoptado algunas festividades de sus vecinos mu-

sulmanes, pero adaptando su sentido a sus propias creencias.

Van Beek indica que la falsa mitología dogon que dio lugar al misterio de Sirio B no se puede definir como un fraude individual, sino como una construcción colectiva surgida de una interacción peculiar entre informantes e investigador. Griaule presionaba a sus informantes porque necesitaba demostrar que el pueblo dogon tenía una mitología de una complejidad análoga a la griega. Y sus informantes le contaban una amalgama de historias improvisadas y la Biblia obteniendo a cambio dinero y prestigio. A medida que los informantes de Griaule murieron, su mitología desapareció con ellos y hoy apenas hay rastro de ella. Lo poco que queda sobrevive para satisfacer a los turistas que visitan Sanga atraídos por el misterio de Sirio. Los antropólogos no han podido encontrar a nadie que conozca los avatares de Ogo o la historia del arca que bajó del cielo repleta de *nommos*.

La antropología ha demostrado que el sistema mitológico en el que Robert Temple se basa, y que manipula para defender su *misterio*, es falso. Un claro ejemplo de ciencia patológica derivada en pseudociencia. Si Robert Temple es un “investigador desapasionado”, como afirma Javier Sierra, o un estudioso que se atiene a la evidencia, tendrá que asumir que el misterio de Sirio sencillamente no existe. Pero algo me dice que no será así. En una reciente entrevista, y a quince años de

los primeros artículos críticos de Van Beek, Temple afirma que los *nommos* están vivos y coleando, dispuestos a volver en su arca y atrincherados en Phoebe, la luna de Saturno, a la sazón un satélite artificial.

Así pues, se puede concluir que Griaule fue un antropólogo demasiado entusiasta y poco riguroso. Y Robert Temple es, simplemente, un farsante. No existe misterio de Sirio alguno ☹

JULIO ARRIETA es Arqueólogo.

REFERENCIAS

- Bullard, Thomas E. (1996), “Ancient Astronauts”, en Stein, Gordon (ed.), *The Encyclopedia of the Paranormal*, Prometheus Books, Nueva York.
- Davidson, Basil (1984), *Les Royaumes Africains*, Time Life Books, Amsterdam.
- Griaule, Marcel (1987), *Dios de Agua*, ed. Alta Fulla, Barcelona. [Citas de Ogotemmel: páginas 21, 22 y 119]
- Griaule, Marcel (1965), “Le renard Pâle”, vol. 1, fasc. 1. *Travaux et Memoires de L'Institut d'Ethnologie*.
- Renaudeau, Michel / Blacher, J. Claude (s/f) *Au coeur du Mali*, editions Delroisse, Bamako.
- Sagan, Carl (1999), “Enanas blancas y hombrecillos verdes”, en *El cerebro de Broca*, ed. Crítica, Barcelona.
- Van Beek, Walter E. A. (1991), “Dogon Reestudied: A Field Evaluation of the Work of Marcel Griaule”. *Current Anthropology*, vol. 32, n. 2.

Asimov y el misterio de Sirio:

Isaac Asimov, conocido escritor de ciencia ficción y divulgador científico, vivió lo que él denominó una situación embarazosa relacionada con *El misterio de Sirio* cuando Robert Temple se puso en contacto con él para que prologara su libro. Así lo cuenta Asimov:

“Trata de una tribu del oeste de África cuyas tradiciones parecen incluir conocimientos de los satélites de Júpiter, los anillos de Saturno, y la enana blanca compañera de Sirio, conocimientos que parecen atribuir a viajeros de un planeta en órbita alrededor de Sirio.

Mientras el libro era todavía un manuscrito, el autor se puso en contacto conmigo, me describió la tesis del libro y me pidió que lo leyera para poder hacerle un comentario favorable. Accedí a regañadientes a que me enviara el manuscrito. Después de todo, no tengo por qué negarme a mirar lo que alguien tiene que decir.

El manuscrito llegó y traté de leerlo. Detesto ser antipático e insultante, pues en su contacto conmigo el autor me había parecido un hombre grato y sincero, pero lo cierto es que el libro me pareció ilegible, y lo que atiné a digerir me pareció inconvincente. Por lo tanto, me negué a hacer ningún comentario.

El autor me llamó tiempo después y en cierto modo me presionó para que reconsiderara el asunto. Me cuesta ser rudo, pero me las arreglé para seguir rehusando.

Luego me preguntó si había detectado algún error.

Claro que no. Había leído apenas una parte del libro, una parte en que él hablaba de esa tribu del oeste de África sobre la cual yo no sabía nada. Pudo haber dicho cualquier barbaridad sin que yo localizara ningún error definido. Así que, para librarme de él y ser amable, respondí que no había detectado errores.

Tuve mi merecido. Eso fue lo que dije, y no especifiqué que no quería que me citaran, de modo que, cuando el libro se publicó y aparecieron anuncios en los diarios, allí figuraba yo, diciéndole al mundo que no había errores en el libro.

Me avergüenza mi estupidez, pero les aseguro que nunca caeré de nuevo en la misma trampa.”

REFERENCIAS

- Asimov, Isaac [1978]: “La compañera oscura”. En Asimov, Isaac: *Luces en el cielo [Quasar, quasar, burning bright]*. Trad. de Arturo Casals. Edhasa. Barcelona 1981. 288 páginas.